
Ayuntamiento de Cádiz


UMASS
BOSTON

LA

LEYENDA DE ORO

PARA CADA DIA DEL AÑO.

VIDAS DE TODOS LOS SANTOS QUE VENERA LA IGLESIA.

CONTIENE:

TODO EL RIBADENEIRA, LAS NOTICIAS DEL CROISET, BUTLER, GODESCART, ETC.,
Y LAS VIDAS DE MILLARES DE SANTOS COMPRENDIDOS EN EL MARTIROLOGIO ROMANO, QUE SE INSERTA ÍNTEGRO,
CON SUS ADICIONES; Y UN VOCABULARIO GENERAL ALFABÉTICO DE TODOS LOS SANTOS CON REMISION
AL DIA EN QUE SE ENCUENTRA SU VIDA.

OBRA NECESARIA

PARA EL PASTO ESPIRITUAL DE LOS FIELES QUE ANHELAN CONOCER LAS CIRCUNSTANCIAS DE LA VIDA Y VIRTUDES DE SUS PATRONOS,
Y PARA LOS SEÑORES CURAS PÁRROCOS, Á FIN DE SABER LOS NOMBRES QUE PUEDEN ADMITIR EN LAS PILAS BAUTISMALES.

REVISADA

por los PP. de la Compañía de Jesus.

SE PUBLICA CON LA APROBACION Y BAJO LOS AUSPICIOS

DEL EXMO. É ILMO. SEÑOR DON PANTALEON MONSERRAT Y NAVARRO,
OBISPO DE BARCELONA.

CUARTA EDICION.

A medio real la entrega.

BARCELONA.

SOCIEDAD EDITORIAL LA MARAVILLA.
calle de Aviñó, número 20.
MADRID.

LIBRERÍA ESPAÑOLA, Relatores, 12 y 14. || D. ANTONIO DE SAN MARTIN, Victoria, 9.

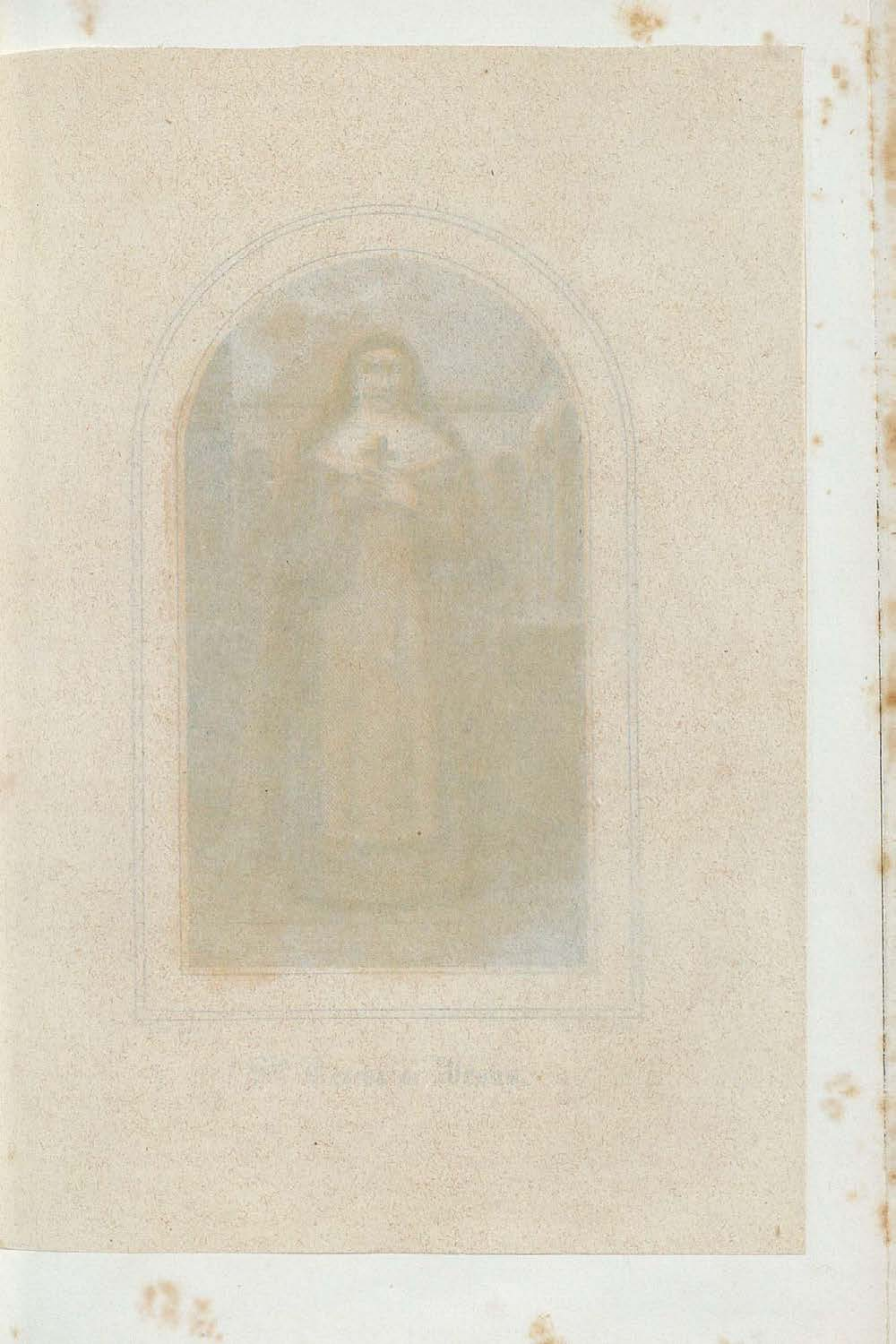


L'Annonciation.



Murillo pinto.　　　　A. Roca grabó.

La Anunciacion.







Leloir pintó. A. Roca grabó.

Sta. Teresa de Jesus.



PRÓLOGO DEL PADRE RIBADENEIRA.

Con gran razon, dijo el real Profeta, que Dios es maravilloso en sus santos: porque verdaderamente, aunque el Señor es admirable en toda la tierra y en todas las cosas que son obras de sus manos, como lo canta el mismo real Profeta; pero muy más aventajadamente resplandece su omnipotencia, su sabiduría, providencia y bondad en las almas y virtudes de los santos. En un mosquito, en una abeja, en el gusano de la seda y en otras criaturas rastreras y viles, es Dios admirable; y en las cosas mínimas se muestra grande sobremanera, y artífice soberano: pero mucho más descubre sus infinitos tesoros en toda esta máquina del mundo, compuesta con maravillosa y singular armonía, y disposicion de tantas y tan varias cosas, tan raras, tan exquisitas, que cada una (si se considera sola por sí) suspende y arrebata cualquiera alto entendimiento, y todas juntas le sacan de sí, para que absorto, con una debida admiracion, encoja sus alas, y se rinda y humille en el acatamiento de aquel Señor, que tal obra pudo, supo y quiso hacer, para despertar nuestros corazones por estas cosas visibles á la contemplacion de las invisibles y de sus infinitas perfecciones. Mas sin duda que en ninguna cosa destas visibles ni en todas juntas se echa de ver tanto la grandeza de la gracia y bondad de Dios, como en una sola alma de un santo. No solamente porque ninguna obra de la naturaleza puede igualar á las obras de gracia y sobrenaturales, sino tambien porque todas las otras obras son como un rastro y huella de Dios, y el santo es su imágen y semejanza, templo suyo, amigo é hijo suyo, con quien se deleita y regala. Y tambien porque la santidad que tiene, no la tiene de sí, sino por la sangre de Cristo, que se vertió en la cruz para hacerle santo. Por donde, ni la tierra con toda su fertilidad y abundancia de tanta variedad de flores, frutas y animales; ni la inmensidad del mar Océano, con tanta copia de pescados y mónstruos; ni el aire con la diversidad de aves; ni el fuego con sus truenos, rayos y relámpagos; ni el mismo cielo, que con la claridad y curso del sol, de la luna

y de las estrellas, causa tan maravillosos efectos en estas cosas inferiores, nos predican tanto la grandeza y gloria de Dios como el alma de un santo; en la cual él mora como en su casa, y reposa como en su tálamo, y con ella se abraza como con su dulce esposa. No hay lengua de hombre que pueda explicar ni aun entendimiento de ángel que pueda comprender el amor que el Señor tiene á una alma casta y pura, que trasformada en él, con el cuerpo vive en la tierra y con el corazon en el cielo. Esta alma le honra y glorifica más que todas las criaturas corporales. Esta recibe los tesoros de su gracia: esta es retrato de Dios, espejo de su bondad, traslado de sus perfecciones, y consorte y particionera de su divina naturaleza. Pues si en cada uno de los santos es tan admirable el Señor, ¿cuán admirable será en todos los santos juntos? ¿Qué gloria resultará á su santo nombre de un número innumerable de santos, que desde el principio del mundo, hasta ahora, han florecido en su Iglesia? ¿Qué alabanza tendrá el Santo de los santos, Jesucristo, Dios y Hombre, nuestro Redentor? ¿De la Reina de los ángeles, su benditísima Madre? ¿De san Juan Bautista, su precursor? ¿De aquel colegio de los doce pescadores y predicadores de su Evangelio, que conquistaron el mundo? ¿De aquel ejército copiosísimo y fortísimo de mártires? ¿De aquella escuela de tantos y tan ilustres y sapientísimos doctores? ¿De una muchedumbre de confesores humildes y solitarios, que parecian ángeles en carne mortal? ¿De un coro de vírgenes purísimas, que por no amancillar su limpieza ofrecieron sus vidas al cuchillo? ¿De la compañía de casadas y personas de cualquiera condicion y estado, que tomaron por regla la ley de Dios, y nivelaron sus vidas y costumbres con su voluntad? Los cuales santos han sido tantos en número, que no se pueden contar, más que las estrellas del cielo ó las gotas de la lluvia, ó las arenas del mar. Estos santos son la familia deste gran Padre de familias; el rebaño deste sumo Pastor, el reino deste Rey y Príncipe soberano. Son escuadron invencible contra las puertas del infierno, escuela de verdadera y divina sabiduría, ornamento del cielo, gloria de la tierra, esfuerzo de los justos, ejemplo y reprension de los pecadores. De manera, que así como el sol con su luz oscurece la claridad de las estrellas, y en saliendo él ellas se esconden, así toda la belleza y compostura de todas las criaturas corporales, como desaparece y se deshace, si se coteja con la hermosura y resplandor y gracia de los santos, en los cuales es más admirable, que en todas ellas, más honrado y más glorificado el Señor.

Por esta causa principalmente se deben escribir las vidas de los santos, y por la gloria que de ellos redunda en el que los hizo santos y los adornó y enriqueció de tantos y tan singulares dones y gracias. Y tambien por los grandes bienes que desto se siguen á toda la Iglesia triunfante y militante. Porque primeramente es cosa muy debida que honremos y sirvamos nosotros á los que tan bien supieron honrar y servir al Señor, y que acrecentemos la gloria accidental de los que siempre tuvieron puesta la mira en propagar la gloria de Dios. Que pues el mismo Dios honra á los que le honran (como lo dijo el Salvador), muy justo es que los hombres honren á quien honra á Dios. Mirada esta deuda tan debida, dijo el real Profeta: *Mihi autem nimis honorificati sunt amici tui, Deus:* Señor, mi alma y mi corazon honra sobremanera á vuestros amigos. Y en otro salmo nos exhorta que loemos al Señor en los santos. Tambien es muy justo y

provechoso pedir favor y socorro á nuestros hermanos, ya victoriosos y seguros, para que mediante sus ruegos é intercesion lleguemos al puerto tranquilo donde ellos llegaron, y seamos particioneros de sus coronas y triunfos. Es asimismo de grandísima gloria para toda la Iglesia católica saberse los innumerables y esclarecidos hijos que ha tenido. Porque si un hijo honrado basta para honrar todo un linaje, ¿qué harán tantos y tan señalados hijos con su Madre? Demas de esto, es un fuerte escudo y defensa contra los infieles que la contrastan, y un martillo y cuchillo contra los herejes, cuyos errores y desatinos con ninguna cosa se convencen mejor que con los ejemplos de los santos, porque es más excelente modo de enseñar con obras que con palabras, y las obras de los santos son santas y contrarias en todo y por todo á los disparates y desvaríos de los herejes. Y así para convencerles é interpretar las cosas dudosas y lugares difíciles de las divinas Letras es gran luz la vida y ejemplos de los santos; que por esto dijo san Gerónimo: *Vita sanctorum interpretatio est Scripturarum.* Que la vida de los santos es declaracion cierta de las santas Escrituras. Y san Agustin dice que las sagradas Escrituras no sólo tratan de los mandamientos de Dios, sino tambien de las vidas y costumbres de los santos para que si dudáremos cómo se ha de entender lo que se manda, por lo que hicieron los santos, lo entendamos. Pues para nosotros, ¿qué son las vidas de los santos sino un dechado y un espejo que debemos tener siempre delante de nuestros ojos, para mirar en él nuestras fealdades y vicios, y enmendarlos, y las heróicas virtudes de ellos para despertar nuestra tibieza é imitarlos?

Por todos estos respetos la santa Iglesia celebra las memorias de los santos con tanto cuidado y piedad, y procuró siempre que se escribiesen las vidas y muertes de los mártires. Esto consta por los siete notarios que instituyó san Clemente, papa y mártir, discípulo del apóstol san Pedro, para recoger los hechos de los mártires. O por los siete diáconos y siete subdiáconos que san Fabian, tambien papa y mártir, añadió á los siete notarios, para que se hiciese con mayor acierto y autoridad, y de todo lo que escribian se daba parte al sumo pontífice, para que él lo examinase y aprobase, y se guardasen en los archivos de la Iglesia romana como leemos que lo hacia san Antero, asimismo papa y mártir. Pero no solamente la Iglesia romana, que es la cabeza y maestra de las demas, tuvo este cuidado, sino tambien otras la imitaron, como la de Esmirna, y las de Leon y Viena de Francia, que escribieron diligentemente los martirios de los santos que en sus ciudades dieron la vida por Cristo. Y en las epístolas de san Cipriano y en algunas de san Dionisio Alejandrino, que refiere Eusebio Cesariense en su historia, hallamos rastros de esta santa y loable costumbre. Por esta misma causa los martirios, bien y gravemente escritos de algunos mártires, se solian leer en algunas iglesias el dia de su preciosa muerte, como lo notó el cardenal Baronio, y se saca del concilio Cartaginense, capítulo trece, y de una epístola de Adriano papa á Carlo Magno, y de lo que escribe Gregorio Turonense en el libro de la gloria de los mártires. Y si bien miramos, hallarémos que los más santos y más sabios doctores y los que fueron luz de la Iglesia católica, la han ilustrado y enriquecido con las vidas de los santos que escribieron, como fueron entre los griegos san Atanasio, san Basilio, san Gregorio Niceno,

su hermano, y san Gregorio Nazianzeno, su íntimo compañero y cordial amigo; san Crisóstomo, Damasceno, Teodoreto, y Metafraste. Y entre los latinos, los santos Ambrosio, Gerónimo, Agustino, Gregorio Magno, Paulino, Severo Sulpicio, Gregorio Turonense, Beda, Bernardo, y Buenaventura, por no referir los demas, que son innumerables.

Siempre se ha tenido en la Iglesia católica por ocupacion de mucha loa y estima el escribir vidas de santos, así por las grandes utilidades que de la leccion de ellas se derivan en todos los que las leen con deseo de aprovecharse, como por las muchas y grandes dificultades que se ofrecen á cualquiera que las pretende bien escribir. Porque en las historias de los santos hay muchas cosas oscuras y enmarañadas que se han de desmarañar y esclarecer: muchas dudosas, que se deben averiguar: algunas contrarias, que (si es posible) se deben concordar; otras por una parte apócrifas, y por otra tan recibidas y asentadas en la comun opinion, que ni se pueden aprobar sin notable perjuicio de la verdad, ni desechar sin grave ofension de la gente vulgar y comun. Y no es maravilla que en algunas cosas muy antiguas, y con las persecuciones espantosas de los tiranos, que tuvo la Iglesia, puestas en olvido, no hallasen despues los escritores la luz de la verdad tan clara y pura. Especialmente, que muchos herejes procuraron sembrar sus falsedades en las vidas de los santos: y tambien algunos católicos, ó por sus intereses, ó por su zelo indiscreto, fingieron y mezclaron otras, indignas de la piedad cristiana, como se ve en la censura que hizo Gelasio papa, en el concilio Romano. Pues ¿qué diré de la eleccion y disposicion de las cosas? ¿Qué de la brevedad y propiedad de las palabras? ¿Qué de la sinceridad, devocion y espíritu con que las vidas de los santos se deben escribir, para que peguen devocion y espíritu á los que las leyeren, y atraviesen sus corazones, y los truequen y enciendan en amor de Dios, y en la imitacion de hazañas tan gloriosas y dignas de ser imitadas? Demas de esto, algunas vidas de santos son muy largas, y si se refieren como están, causan prolijidad, y por decirlo todo, cansan al lector: y si se quieren acortar, muchas veces se escoge más lo que admira que lo que edifica, y más los milagros que las virtudes. Otras, hay peligro, que por excusar trabajo, se escriban sin órden y distincion, traduciéndolas como se hallan escritas por cualquier autor, sin más diligencia y estudio. Otras, que mezclamos en ellas nuestra paja con el grano, y con los ejemplos maravillosos de los santos, nuestros discursos: y aun que propongamos al pueblo un largo sermon, lleno de delicados conceptos, pero muy ajenos de la vida del santo que tratamos. Y si el Señor con la lumbre y fuego de su espíritu no alumbra é inflama el corazon y rige la pluma del escritor, todas sus palabras son secas y frias; y despues de haberlas leido queda tan seco y frio el lector, y tan sin jugo y fruto, como si no hubiera leido la vida de un santo, sino la de un emperador ó de un filósofo gentil: y no se consigue el fin principal, que se debe tener en escribir las vidas de los santos. Por donde se ve las grandes dificultades que hay en escribirlas acertadamente y á provecho y utilidad: y el agradecimiento que debemos á los que tomaron este trabajo, por el beneficio que hicieron á la república: y que se les debe perdonar, si en alguna cosa (como hombres) faltaron y no pudieron llegar

al término que deseaban. Y que no hay porque maravillarnos que un negocio tan importante y tan perplejo y dificultoso como este no esté tan en su punto y perfeccion, que no se puede cada dia mejorar y abrir camino y dar materia á otros escritores, para ejercitar en él loablemente sus ingenios é industrias.

Entre los otros que se han encargado de esto, aunque yo soy el menor y ménos suficiente de todos, he tomado trabajo de escribir de nuevo este *Flos Sanctorum*, que aquí ofrezco; no por creer de mí que podré llegar donde los demas no llegaron, y hacer cosa más acabada y perfecta que ellos (que por la gracia del Señor, no estoy tan ciego del amor propio, que tal presuma de mí), sino por las razones que aquí diré: cuando yo acabé de imprimir el libro del *Príncipe Cristiano*, contra la falsa razon de estado de los políticos de nuestro tiempo, el cual dediqué, siendo príncipe, al rey don Felipe III, nuestro señor, hallándome ya muy viejo y cansado, quise dejar la pluma, y retirarme para aparejarme á morir y dar cuenta de mi vida á aquel Juez que con tanta justicia nos ha de juzgar. Pero como soy religioso (aunque indigno) y no señor de mí, sino esclavo de mi religion, sujetéme á mis superiores, que me dijeron que el Señor se serviria más que me ocupase en escribir alguna cosa útil para los prójimos, y en efecto me mandaron que escribiese en nuestra lengua castellana las vidas de los santos. Y por más que yo pretendí excusarme, alegando mi mucha edad y trabajos pasados (que en sesenta años de religion, y de los principios de nuestra Compañía, no han podido faltar), y la poca salud y fuerzas presentes para llevar carga tan pesada, no aceptaron excusa alguna; y así fue necesario bajar la cabeza y obedecer. Esta obediencia de Dios (que por tal la tengo) me ha alentado y esforzado mucho para sacar fuerzas de flaqueza, y para tomarla como por prendas de las que espero me dará su divina Majestad; pues él por sus ministros ha echado sobre mis flacos hombros carga, que (á mi pobre juicio) tanto excede las mias. Y asimismo me ha animado la voz y deseo universal de la gente devota que me pide con grande instancia este trabajo (no sé por qué), y muchas personas graves, religiosas y seglares me dan priesa é importunan que le acabe, esperando quizá sacar de él algun fruto y consuelo para sus almas. Pero no ha sido el menor motivo para llevar adelante esta empresa, el acordarme que nuestro bienaventurado padre san Ignacio, padre y fundador de nuestra mínima Compañía de Jesus (á cuyos pechos, por particular misericordia del Señor, yo me crié), siendo soldado y sumido en la vanidad del mundo, abrió los ojos del alma y se convirtió á Dios, por leer las vidas de los santos, aunque al principio las leia más por entretenimiento que por devocion. Y el saber, que leer la vida de san Antonio Abad, escrita por san Atanasio, fue causa que en Roma muchos caballeros y señoras nobilísimas diesen de mano á todo regalo de la carne y pompas del siglo, y tomando hábito religioso, se crucificasen con Cristo, como lo escribe san Gerónimo, alabando á santa Marcela viuda, por haber sido la primera que con su ejemplo movió á las demas. Y que san Juan Columbino, caballero senes, por leer la vida de santa María Egipcíaca, se entregó con tan grande fervor al servicio del Señor, que vino á fundar la religion de los que llaman jesuatas en Italia, donde florece y tiene muchos monasterios. El saber esto ha sido grande estímulo para

mi flojedad, y alivio para mi poca salud: porque espero que alguna alma descaminada leyendo lo que yo escribiere, y tocada con la mano del Señor, entrará en camino, y le tomará por su guia y por su luz: y á lo ménos, que será provechoso para mí, el obedecer á la voz de Dios, y tomar este trabajo por sólo zelo de su gloria y honra de los santos, ornamento de la Iglesia católica, utilidad de los fieles, y confusion de los herejes: para edificar mi alma con leer y escribir vidas tan preciosas y admirables: y que si viniera la muerte, me tomará en buena ocupacion, y los mismos santos me alcanzarán perdon de mis pecados por este pequeño servicio que yo les pretendo hacer. Y así debajo de la sombra y proteccion de ellos y confiado en la divina misericordia, é invocando el espíritu y favor del Señor, tendamos las velas y entremos en esta navegacion, con esperanza de llegar al puerto deseado.

Los autores que he seguido en escribir estas vidas son los más graves y de mayor autoridad que hay, y conocidos y recibidos por tales de toda la Iglesia católica, y los Martirologios, Romano, de Beda, Usuardo y Adon. Tambien me he ayudado de los piadosos trabajos de Luis Lipomano, obispo de Verona, y del P. Fr. Lorenzo Surio, monje cartujo, varones en vida y doctrina y zelo de la honra de los santos, dignos de perpétua alabanza y recordacion. Yo no ménos me he aprovechado de los *Anales* y de las anotaciones sobre el Martirologio romano del ilustrísimo cardenal Baronio: al cual escogió el Señor en estos nuestros tiempos tan calamitosos, para que con estudio infatigable é increible diligencia, emplease la mayor y mejor parte de su vida en la leccion de las vidas y libros de los santos, y con maduro y acertado juicio resucitase algunas cosas que estaban sepultadas, observase y recogiese otras esparcidas; averiguase las dudosas, diese luz á las oscuras, é ilustrase la historia eclesiástica, con singular beneficio de la república cristiana, lustre de la Iglesia romana, loa suya y acrecentamiento de la gloria de los santos. Al cual comunmente yo seguiré: principalmente en lo que toca á los años y tiempo en que cada santo vivió y murió; porque me parece que ha puesto más cuidado y diligencia que otros en averiguar la cronología de los tiempos. Y el alegar sus obras y citar los lugares, será segun la impresion romana en fólio de la tipografía ó imprenta vaticana. Y porque no es mi intento principal en esta historia abrazar ni referir todo lo que está escrito de los santos, sino escoger y entresacar las cosas ciertas y averiguadas, y las que más nos pueden mover á la imitacion de los mismos santos, cuyas vidas escribimos, dejaré algunas cosas, que, aunque estén muy recibidas entre la gente comun, no me parece que están tan bien fundadas ni con tanta autoridad, que yo las pueda afirmar. Ni tampoco juzgo que las debo disputar y examinar las razones que por una parte y por otra se pueden traer, porque esto más es para escuelas, y corta el hilo de la narracion, y embaraza al lector devoto, y le quita el gusto que tiene, y aun le entibia el ardor y deseo de imitar á los santos, que comunmente se enciende en el que lee sus vidas con la atencion y fin que debe; y para este fin no son de momento las cosas que yo dejaré.

PREFACIO DEL PADRE RIBADENEIRA

SOBRE LOS TORMENTOS DE LOS MÁRTIRES.

Uno de los mayores argumentos que tenemos los cristianos para confirmacion de nuestra santa religion, es la de los bienaventurados y fortísimos mártires que por ella dieron sus vidas. Porque fueron innumerables hombres y mujeres de todos estados, condiciones, edades y naciones, y murieron con tan extraña y admirable constancia, que asombraron y vencieron al mundo, habiendo ántes sido atormentados con todos los géneros de atrocísimos y exquisitos suplicios, que el demonio, y los tiranos sus ministros, pudieron inventar, y estos gloriosos caballeros de Cristo los sufrieron con más que humana paciencia, fortaleza y alegría. Mas porque contando sus martirios, necesariamente habemos de hacer mencion de los tormentos que les daban, y de los instrumentos con que se los daban, me ha parecido (para que mejor de una vez se entiendan los unos y los otros) ponerlos aquí, porque darán luz á los martirios, de que en esta escritura necesariamente habemos de tratar.

Usaban los tiranos poner á los santos mártires en cruz, y esto no siempre de una misma manera, porque algunas veces los crucificaban con los piés clavados hácia abajo y las cabezas levantadas al cielo: otras al contrario, con las cabezas al suelo y levantados los piés. Y la misma cruz no siempre era de una misma figura, sino de diversas, y algunas veces los crucificaban en los árboles y en otros palos de varias hechuras. Colgábanlos de algun palo, ó columna, ó árbol, para poderlos más fácilmente atormentar á su gusto. Y algunas veces los colgaban de los dos piés, y otras de un solo pié, encendiendo debajo fuego de alguna materia sucia y asquerosa, para que el humo y el mal olor los afligiese y ahogase. Otras veces los colgaban de un brazo, ó de los dos, ó de los dedos pulgares, y los tenian así colgados mucho tiempo. Y para descoyuntarlos y desencajar los huesos de sus lugares, cargaban sobre los piés, y aun sobre la cabeza y espaldas, pesas grandísimas de piedra, de plomo ó de hierro, para que con el peso se estirasen los miembros, y no quedase parte sana en todo el cuerpo del santo mártir. Otras veces los prensaban y estrujaban, como se estruja la uva y aceite en el lagar. Otras los estiraban y extendian atados los piés y manos, con unas ruedas, que llamaban trocleas, más ó ménos como querian. Otras los ponian en una rueda, y los dejaban en ella sin comer, hasta que morian, ó atados á ella los despeñaban: y aun algunas veces sembraban la misma rueda de puntas de hierro muy agudas, y los revolvian sobre abrojos de acero, con puntas que cortaban como navajas. Era cosa muy ordinaria el tormento del ecúleo: el cual era un instrumento de madera, á manera de caballete, con sus ruedas á los cabos, para estirar y descoyuntar al mártir. Otras veces los atormentaban en la que llamaban catasta, que era un tablado armado sobre algun lugar alto y eminente, donde pudiese ser visto del pueblo el que era atormentado, para que aquellos tormentos tan horribles y penosos causasen grima y espanto á los circunstantes. Allí los azotaban cruelísimamente, algunas veces con látigos durísimos: otras con nervios de bueyes: otras con varas: otras con palos y bastones ñudosos: otras con una manera de zarza ó vara espinosa y ñudosa, que llamaban escorpion: otras con varas de hierro ó de plomo, ó con plomadas; que era un género de azote hecho de cordeles ó de cuero, que tenía en los cabos de él engertas unas pelotas

de plomo. Y con estos instrumentos los sayones y verdugos molian, quebrantaban y despedazaban los cuerpos de los santos mártires; con tanta perseverancia y bárbara crueldad, que muchas veces quedaban ellos más cansados de herirlos que los mismos mártires de ser heridos y atormentados; por el deseo grande que tenian de padecer por Cristo, y por el esfuerzo y gozo que el mismo Señor les daba. Tambien los atormentaban dándoles palmadas, bofetadas, puñadas y coces, y no pocas veces quebrándoles los dientes y las mejillas con piedras: otras los apedreaban, ó echando sobre sus cuerpos, tendidos en el suelo, alguna rueda de molino, ú otra piedra muy pesada, los desnucaban y consumian.

Tenian otrosí los tiranos muchos instrumentos para rasgar y despedazar las carnes, como eran: uñas de hierro aceradas, que era una manera de tenazas, armadas por una parte y por otra de unas puntas ó uñas de hierro, con que asian y sulcaban la carne, y sacaban pedazos de ella, y hoy dia se muestra en San Pedro de Roma uno de estos instrumentos, que en sólo verle pone espanto. Usaban tambien peines de hierro, con los cuales peinaban y raian las carnes de los santos; y de unos garfios, asimismo de hierro, para asirlos, traerlos, rasgarlos, ó despues de muertos arrastrarlos y echarlos en el rio, ó en algun albañal, y lugar inmundo é infame. Y no ménos con pedazos de tejas agudas raian y refregaban todo el cuerpo ya llagado, y desollaban y despojaban de la piel que le cubria. Usaban de planchas de hierro, de hachas, y de otras que llamaban lámparas encendidas, para abrasar los costados de los santos mártires en la catasta y en el ecúleo: y despues que los bajaban de él, algunas veces los ataban en algun brete, y los estiraban cruzadas las piernas, hasta que llegasen los piés á ciertos agujeros desmedidos: otras les echaban sobre sus cuerpos cal viva y aceite hirviendo, ó desnudos los revolvian sobre de tejas agudas, para que no quedase miembro ni parte del cuerpo, ya despedazado, que no sintiese su nueva pena y dolor.

Demas de estos tan atroces y horribles tormentos inventó Satanas otros muchos más crudos y atroces, para quemar á los gloriosos caballeros de Cristo: porque unas veces los echaban y encerraban en un toro de metal ardiendo: otras en una olla grande y capaz, asimismo de metal, llena de aceite y pez y plomo derretido, para que allí se cociesen: otras los freian en sartenes: otras los asaban con fuego lento, tendidos en unas como parrillas ó lecho de hierro, ó sentados en una silla, tambien de hierro, encendida, los abrasaban, y las cabezas con una celada ó casco hecho fuego, ó se las traspasaban con clavos agudos y encendidos. Otras veces vestian sus bienaventurados cuerpos de una túnica de hierro ardiendo, ó de otra que llamaban túnica molesta, empapada en pez, resina, aceite y otras materias semejantes, y pegándole fuego los consumian. Asimismo atormentaban los piés con zapatos de hierro ardiendo, sembrado de clavos, ó descalzos los mandaban andar sobre las brasas, ó echábanles plomo derretido en la boca; arrojábanlos en las hogueras, hornos, caleras, en hoyas llenas de fuego, ó en alguna nave cargada de estopa y pez, para que en la mar fuesen quemados, y pasando por agua y fuego, llegasen al refrigerio y corona del Señor. A las honestísimas doncellas, y más puras que el sol, colgaban desnudas por los cabellos, cercenábanles los pechos, y las llevaban á las casas públicas de las malas mujeres (que era el mayor y más afrentoso tormento que ellas podian sufrir). Finalmente, cortaban las lenguas á los santos mártires; arrancábanles los dientes, sacábanles los ojos, destroncábanles los piés, quebrantábanles las piernas, desollábanlos vivos, despeñábanlos, metianles cañas agudas entre las uñas y la carne, hacíanlos pedazos, arrastrábanles por lugares fragosos y pedregosos, desmembrábanlos atados á cuatro ferocísimos caballos, ó á ramas de palmas, encorvadas por fuerza, soltadas, para que con su ímpetu les despedazasen; echábanlos á los leones y bestias fieras, y aun algunas veces atados y desnudos los hacian comer á los ratones, ó untados con miel á las moscas y tábanos, ó abriéndoles el vientre, le llenaban de cebada, para que en él comiesen los caballos, ó los enterraban vivos, ó ahogaban en el rio ó en el mar. E inventaron tan exquisitos géneros de tormentos para cada miembro, y tantas maneras de muertes afrentosísimas y penosísimas que no se pueden contar, ni aun pensar con atencion lo que estos fortísimos guerreros padecieron por Cristo, y el valor, esfuerzo y constancia con que lo padecieron, sin alabar al Señor que se la dió, y honrarlos á ellos, que la tuvieron, y á la santa Iglesia que está armada de un escuadron de tan lucidos y tan invencibles soldados: y sin que nosotros nos corramos y cubramos nuestro rostro de vergüenza, viendo nuestra tibieza y flojedad; y que no bastan tan ilustres ejemplos de virtud ni tan encendidas llamas de amor divino, á inflamar nuestros corazones, para que menospreciando todas las cosas caducas, frágiles y perecederas de la tierra, aprecien, apetezcan, y con veras busquen las sólidas y macizas del cielo, que para siempre han de durar. Sería nunca acabar si quisiésemos proseguir esta materia: véala el que quisiere en Antonio Golonio Romano, que la trató copiosamente y con curiosidad, en un libro que escribió de los instrumentos y modos con que eran atormentados los mártires, impreso en Roma el año de 1594.

LA LEYENDA DE ORO.

TOMO PRIMERO.

LA VIDA DE CRISTO SEÑOR NUESTRO.

Así como Cristo nuestro Redentor es fuente y raiz de toda santidad, y aquel Sol de justicia, que con los rayos de luces, es causa de toda la claridad que hay en su Iglesia; así su vida, pasion y muerte benditísima son el medio por el cual nos comunica é influye esta misma santidad. Hízose Dios hombre, y vivió vestido de nuestra carne entre los hombres, para enseñarnos á vivir vida no humana, sino divina, no de la tierra, sino del cielo; padeció tantos dolores y muerte tan afrentosa, para cautivar más nuestro corazon, y echarnos más fuertes cadenas de amor. De manera que la vida de Cristo es dechado y modelo de la vida del cristiano, y su sacratísima pasion es nuestra riqueza y el tesoro de nuestros merecimientos; es nuestra luz, nuestra medicina, nuestra salud, nuestra vida, nuestra gloria y bienaventuranza. Y por esto ninguna cosa debemos tener más presente de dia y de noche, ni meditar, ni rumiar, más á menudo, que la vida y muerte de nuestro Salvador, para imitar sus virtudes y enderezar nuestros caminos torcidos con la regla y nivel de su rectitud. Porque, como dice san Gregorio, todas las acciones de Cristo son introduccion y enseñanza de lo que nosotros debemos hacer; y aquel es el más santo y perfecto que mejor sabe imitar los ejemplos y virtudes de Cristo, porque bebe más copiosamente, y participa más de la virtud y humor de la raíz, y del influjo de su cabeza, y está más vestido y resplandeciente con la luz de aquel Sol, que, como dijimos, es causa de toda la justicia y claridad. Y por esto san Pablo nos exhorta que le imitemos á él; y da la razon porque él imitaba á Cristo. Y por esta misma causa muchos santos y varones perfectos tomaron por materia de su oracion y meditacion la vida y pasion del Señor; porque en ella hallaban pasto para sus almas, medicina para sus llagas, esfuerzo para su flaqueza, incentivos de amor para su tibieza, perdon para sus pecados y remedio para todas sus necesidades. Y aun algunos grandes siervos de Dios, en el trance y agonía de la muerte, se hacian leer literalmente la pasion del Salvador, para representarla al Padre Eterno y alentarse con la memoria de lo que él por nosotros padeció; y espantar y confundir al demonio, que por medio de ella fue vencido, y en aquella hora, más que en otra, procura que nosotros perdamos el fruto de la sangre preciosa del Señor. Esta es la causa, benigno lector, que me ha movido á poner aquí, en el principio de las vidas de los santos, la vida del Santo de los santos, y causadora de toda la santidad que hay en todos los santos en el cielo y en la tierra. Y porque hay escrito mucho de la vida de Cristo nuestro Salvador y de sus sagrados misterios, aunque por mucho que

se diga, todo es poco, algunos autores los han dilatado con consideraciones piadosas y enriquecido é ilustrado con su estilo y elocuencia, para dar ocasion á los que los leyeren de meditarlos con mayor provecho y utilidad: yo no he querido hacer largos discursos, sino referir algunas de las cosas que me han parecido más notables de la vida y pasion del Señor, contándolas llana y sencillamente, para que el lector sepa la verdad de la historia, y sobre ella funde sus conceptos y forme santas consideraciones, y edifique su alma con ellas. Porque para la gente simple y sin letras esta manera de escribir es más fácil y provechosa, así porque no es capaz de tantas y tan delicadas sentencias, y con la muchedumbre de ellas se le ofusca y ahoga el entendimiento, como porque gusta más y se le pega más al alma cualquiera cosa que ella halla, y Dios le comunique en la oracion acerca de estos divinos misterios de su vida y pasion, que lo que lee en otros autores, por alto y excelente que sea. Verdad es que para que el lector mejor lo pueda hacer, y no vaya la historia tan desnuda en algunos pasos, le abrimos camino y le damos motivos para la meditacion de los mismos misterios, como esparciendo en esta misma historia, llana y sencilla la semilla, que sembrada y regada en su corazon con oracion, estudio y diligencia, le dará á su tiempo fruto copioso y colmado con la gracia del Señor. De esto me ha parecido darte aviso, cristiano lector, porque sepas la causa que me ha movido á poner aquí la vida de Cristo nuestro Señor, y á escribirla de la manera que va escrita. Él por su misericordia nos dé gracia para que de tal manera le imitemos, que merezcamos gozar del fruto inestimable de su cruz y santísima pasion. Amen.

Cuando llegó aquella dichosa y bienaventurada hora, y se cumplió, como dice el apóstol san Pablo, la plenitud del tiempo en que Dios habia determinado vestirse de nuestra carne y hacerse hombre, uniéndose á la humana naturaleza por union hipostática y personal, por pagar los pecados del hombre; y habiéndole ántes dado todas las cosas que crió, darle á sí mismo, y unirle consigo tan estrechamente y con vínculo tan apretado é indisoluble, que Dios fuese hombre y el hombre Dios; escogió para un misterio tan alto é incomprensible á una doncella llamada María, hija de Joaquin y Ana, hebrea de nacion y de la tribu de Judá, para que concibiendo por virtud del Espíritu Santo al Verbo eterno en sus entrañas, le pariese, quedando vírgen, y fuese su verdadera madre, y él su verdadero hijo. A esta doncella escogió Dios entre todas las mujeres como á la más pura y santa que jamas hubo ni habrá, y la adornó de todas las virtudes y excelencias que debia tener la que habia de ser digna madre de Dios. Quiso que fuese de la familia del rey David y de la descendencia del patriarca Abrahan, porque á estos dos habia prometido que de su linaje naceria el Mesías y verdadero Salvador del mundo; y ordenó que viniese esta bienaventurada Señora de sangre ilustrísima de patriarcas, reyes, príncipes, jueces y gobernadores del pueblo de Israel, y que en ella se juntase la sangre real y la sacerdotal, porque habia de ser madre del sumo Sacerdote y Rey del cielo y de la tierra. Quiso asimismo que al tiempo que le concibió fuese desposada con un santo varon de su misma tribu, llamado José, para que tuviese quien la sirviese é hiciese compañía, y no pudiese haber sospecha, viéndola preñada y no desposada, en su honestidad y pureza; ni ocasion para que los judíos desechasen al hijo, como á concebido en pecado, teniendo más cuenta con la honra de su madre, que con la suya propia; pues habiendo sido concebido por virtud del Espíritu Santo, porque la honra de su bendita madre no padeciese, quiso ser tenido por hijo de José. Pero, porque venia á enseñarnos la humildad y menosprecio del mundo, y á manifestarnos cuánto más se estima en el cielo la pobreza y mengua de las cosas temporales, que las riquezas y sobra dellas, quiso que su verdadera madre María, y José, su padre putativo, fuesen pobres, para que ninguno se corra de serlo y aflija, si lo fuere. Y para mostrar que venía á salvar pecadores, y enseñarnos la poca cuenta que el cristiano debe hacer de la carne y sangre, tambien quiso que en su linaje hubiese algunas mujeres flacas y pecadoras. Pues para acabar obra tan grande envió Dios á la Vírgen el arcángel san Gabriel, que le declarase este misterio, y la asegurase que se cumpliria en ella, sin menoscabarse ni marchitarse la flor de su virginidad; y para sacar su consentimiento, como se dirá en la fiesta de su Anunciacion.

Habiendo la purísima Vírgen dado el *Sí*, y concebido en sus entrañas al Hijo de Dios, por virtud del Espíritu Santo, que le hizo sombra, como el ángel se lo habia prometido, para que pudiese sufrir los rayos del Sol de justicia y el fuego divino, que venia á abrasar el mundo; y habiéndole tenido nueve meses en su sagrado vientre, y visitado en este tiempo á su prima santa Isabel, y santificado, por medio de la salutacion que le hizo, á su hijo san Juan Bautista; sucedió que el emperador Octaviano Augusto publicó un edicto y mandó empadronar á todos los hombres de su imperio; y, para hacerlo más puntualmente, que cada uno fuése á su pueblo ó ciudad. Y como José, esposo de la Vírgen, fuese natural de Belen, hubo de ir de Nazareth, adonde vivia, con su esposa á Belen, para cumplir el mandato del emperador: porque el buen Jesus, que venía para reparar al hombre perdido por desobediencia, aun estando en las entrañas de su madre, comenzó á obedecer, y quiso que sus padres obedeciesen á los príncipes de la tierra. Era Belen una aldea y pueblo pequeño, cerca de Jerusalen, noble por haber nacido en ella el rey David, que fue figura de Cristo; y mucho más por haber sido ilustrada con el nacimiento del mismo Cristo: el cual, para cumplir la profecía de Micheas, y para darnos en todo ejemplo de humildad y menosprecio de la vanidad de los hijos de Adan, quiso nacer en Belen, lugar tan pobre y abatido, y morir ignominiosamente en Jerusalen, ciudad real y tan ilustre y populosa.

Escogió asimismo este Señor, como Señor de los tiempos, el tiempo más oportuno para venir al mundo, despues de tantos siglos y millares de años que habian pasado desde el pecado de nuestros primeros padres, para que en tan largo discurso de tiempo se conociesen más la enfermedad y la necesidad que tenian los hombres del remedio, y que las fuerzas de la naturaleza no se le podian dar, y deseasen y pidiesen á Dios este Médico celestial: y para que ha-

biendo sido tanto ántes prometido á los patriarcas, y anunciado por los profetas, y representado en tantas sombras y figuras de los padres antiguos, y deseado de todas las gentes, fuese mejor recibido y abrazado de todos. Y porque venía á hacer paces entre Dios y el hombre, como rey pacífico y medianero entre los dos, tambien dispuso las cosas de manera, que al tiempo que hubo de nacer, hubiese suma paz en el mundo, y que el imperio romano, que era tan extendido, estuviese en manos de un solo príncipe, que fue Octaviano; y que él, habiendo vencido y sujetado á todos sus enemigos, gozase de gran paz y quietud, y cerrase el templo de Jano, que entre los romanos era señal que no habia guerras ni ruido de armas en todo el imperio. Y no ménos ordenó esto el Señor para que con esta union y quietud se abriese despues camino á la predicacion del Santo Evangelio, y su santa palabra pudiese más fácilmente correr por todas las regiones y provincias del mundo universo sin estorbo ni embarazo.

Y porque habiendo de venir á la tierra y padecer entre los hombres el Criador del cielo y de la tierra, era conveniente que las criaturas testificasen la excelencia y grandeza de su Señor, y que con prodigios y cosas maravillosas diesen á entender la majestad soberana de aquel Rey que venía, obró el Señor muchas cosas admirables y fuera del comun curso de la naturaleza, poco ántes que naciese, que refieren los historiadores eclesiásticos y profanos; las cuales, aunque los gentiles, como idólatras y ciegos, las interpretaban diferentemente y las atribuian á la felicidad de sus príncipes, no eran sino señales y prodigios que significaban la venida de nuestro Dios y Señor, que las obraba, y con ellas queria dispertar la consideracion y admiracion de los hombres, disponiendo por este medio sus corazones á creer en él y recibirle, al tiempo que por boca de los predicadores evangélicos les fuese anunciado y manifestado; porque, dejando á parte los oráculos de las Sibilas tan sabidos, que fueron como profetisas de los gentiles, y que tanto ántes de la venida de Cristo tan altamente hablaron de su nacimiento, vida, muerte y pasion, y los gentiles con gran estudio y cuidado leian y reverenciaban, sin entender lo que contenian: y no hablando de los demas prodigios, que podríamos decir, por no ser largos, en aquel tiempo el oráculo del dios Apolo, celebérrimo por todo el mundo, por el cual solia el demonio engañar y traer embaucados los hombres, ya habia cesado y no respondia á los que le preguntaban, como ántes; porque el Señor le habia mandado callar, y solamente le dió licencia para que una vez respondiese á Augusto, que le habia sacrificado, y edificado un solemne templo: que no podia responderle, porque un niño hebreo, que era Dios, le mandaba callar y volver al infierno. Y no solamente Apolo quedó mudo con la venida del Salvador, pero tambien callaron los otros demonios, que hablaban por boca de los ídolos, que la gentilidad ciega tenía por verdaderos dioses, y acudia á ellos y los consultaba, tomando sus respuestas por oráculos. Y Plutarco, filósofo, escribió un libro en que pregunta la causa ¿por qué los oráculos de los dioses habian faltado? Porque como gentil, no sabía ni podia atinar la causa. Y el mismo Augusto, con ser príncipe y emperador de tan gran parte del mundo, no quiso que le llamasen señor, no tanto por modestia, como porque Dios le movia; para que se entendiese, que en la presencia de la claridad del sol se habia de oscurecer la de las estrellas; y toda la potencia y señorío de los hombres rendirse á la majestad soberana de Dios; y que ninguno se puede llamar rey ni señor delante de aquel que trae escrito en el muslo: *Rey de los reyes y Señor de los señores.* Y por esto, volviendo Augusto á Roma, escriben Nicéforo, Suidas y Baronio, que levantó un altar en el Capitolio con unas letras que decian: *Ara primogeniti Dei*: Altar del Hijo de Dios, donde despues, á lo que se entiende, Constantino Magno edificó un templo suntuoso á la Madre de Dios, que hoy dia se llama *Ara cœli*; y es convento de los frailes menores de la observancia de san Francisco.

En tiempo, pues, de tanta paz y de tantas maravillas y prodigios vino el Salvador del mundo; y porque venía como maestro del cielo para enseñarnos á dar de mano á los gustos y deleites de la tierra, y abrazarnos con la aspereza y mortificacion de la carne, escogió para nacer un tiempo frio y riguroso; porque aunque las criaturas que están en las entrañas de sus madres no pueden salir á luz cuando quieren, ni está á su mano escoger el tiempo y la hora en que han de nacer, pero estaba en la de Jesucristo, como Señor de los tiempos, y como el que, desde el punto que fue concebido, tuvo la misma sabiduría y poder que ahora tiene en el cielo; escogió el mes de diciembre, tiempo áspero, desabrido y frio, en el cual, habiendo llegado la sacratísima Vírgen con su dulce esposo á Belen con la incomodidad que en tal tiempo y en tan largo y trabajoso camino, hecho con tanta pobreza, se puede pensar, no halló albergue, ni quien la acogiese, ni meson donde estar: porque como el pueblo era pequeño y la gente mucha, que venía para cumplir con el edicto del emperador, todas las posadas estaban tomadas; y así fue forzada á retirarse á un establo fuera de Belen, aunque pegado con su arrabal y cerca: porque Belen estaba edificada en una costanera de un collado, y al fin dél, hácia la parte de Oriente, estaba una espelunca ó cueva, donde comunmente los pobres peregrinos y pastores se acogian en tiempo de necesidad. En este palacio entró la Reina de los ángeles: este humilde y vil lugar, y propio de bestias, escogió para nacer el que tiene toda la máquina del mundo colgada de tres dedos, y por su inmensidad no puede ser comprendido del cielo ni de la tierra; para que el hombre se humille y acabe de entender que es peregrino y desterrado en este valle de lágrimas, y que lo más lucido y hermoso y estimado que hay en él no es sino establo de bestias, si se compara con aquellos palacios del cielo, y con aquellas moradas eternas, para las cuales fue criado. Era ya la media noche, y estando todas las cosas en un quieto silencio y los cielos destilando miel y dulzura, y todo el mundo esperando al deseado de las gentes, conoció la Vírgen purísima que se acercaba la hora de su sagrado parto: y puesta en una altísima contemplacion de aquel sagrado misterio, y encendida de un amoroso y dulcísimo afecto de ver á su benditísimo Hijo, comenzó con entrañable deseo y profunda humildad á suplicar al Padre Eterno, que pues se habia

dignado de hacerla madre de su precioso Hijo, le diese gracia para parirle y mostrarle al mundo. Y estando absorta en esta contemplacion y deseo, sin tener necesidad de partera, sin dolor, sin pesadumbre, sin corrupcion y mengua de su pureza virginal, vió delante de sí, más limpio y más claro que el mismo sol, salido de sus entrañas, á su unigénito Hijo, y al bien y remedio del mundo; Niño tierno, y Dios eterno, tiritando de frio, que comenzaba ya con sus lágrimas á hacer oficio de Redentor, y pagar con sus penas nuestras culpas. No sé puede con palabras explicar, ni con entendimiento humano comprender, el gozo inefable que en aquel punto tuvo la sagrada Vírgen, y la admiracion y estupor que le causó ver al que sabía que era verdadero Dios, tan abatido y humillado. Luego le adoró como á Dios, y le reverenció como á su Señor, y le besó como á su Hijo; y abrazándole y aplicándole á sus virginales pechos, le envolvió en aquellos pañales pobres, limpios y aseados que traia aparejados. Y porque en aquella larga y helada noche del invierno el frio era grande y riguroso, puso al santo Infante asi empañado en el pesebre; porque no halló en aquel establo otro lugar más cómodo y decente: para que con alguna paja ó heno, que allí habria, y con el huelgo del buey y del jumento que allí estaban, se mitigase algun tanto la fuerza de aquel frio y rigor, y juntamente se cumpliese lo que el Profeta ántes habia anunciado: que el buey conoceria á su poseedor, y el asno el pesebre de su Señor; y el hombre se corra de no conocer y servir al que reconocen y sirven los animales. Nació el Señor, segun la cuenta del Martirologio romano, á los cinco mil ciento y noventa y nueve años despues de la creacion del mundo, y á los dos mil novecientos y cincuenta y siete despues del diluvio, y á los dos mil y quince del nacimiento de Abrahan, y á los mil quinientos y diez de la salida del pueblo de Israel á Egipto, y á los mil y treinta y dos despues que David fue ungido por rey; en las sesenta y cinco semanas, segun la profecía de Daniel, y en la Olimpiada ciento y noventa y cuatro, y á los setecientos y cincuenta y dos años despues que se edificó Roma, y á los cuarenta y dos del imperio de Octaviano. En aquella misma hora bienaventurada en que nació el Señor, se hizo fiesta en el cielo, y todos los ángeles vinieron á adorarle y reconocerle por su Príncipe, y Señor, y Reparador de sus sillas, y de las quiebras que los malos ángeles habian hecho con su caida. Y luego uno de ellos apareció á los pastores, que estaban velando sobre su grey, cabe una torre, que se llama Heder, donde Jacob habia apacentado sus ovejas, como una milla de Belen hácia el Oriente, y les dió la regocijada nueva de la venida del Salvador del mundo, del lugar en que habia nacido, y dónde le hallarian, y las señas para conocerle. Ellos fuéron al pesebre con gran presteza y alegría: le hallaron y adoraron, y contaron á los otros sus compañeros lo que habian hallado y visto. Tambien al mismo punto nació una estrella en las partes de Oriente, que significaba haber nacido la estrella de Jacob, profetizada por Balaan, para que los reyes magos, por la vista de una, se moviesen á buscar la otra, que estaba encubierta en el portal de Belen, como adelante se dirá; y para que á los judíos y á los gentiles, á los pastores y á los reyes, á los pobres y á los ricos, á los que estaban cerca y á los que estaban léjos, fuese manifestado el que nacia para todos, y se juntasen en la misma piedra angular las dos paredes que estaban tan apartadas y tan divisas. No falta quien contemple que otro ángel fué al limbo á anunciar á los santos padres, que en él estaban, el nacimiento del Señor; aunque esto no lo dice el sagrado Evangelio, pero sí dice, que con aquel ángel, que dió la nueva á los pastores, se juntaron otros innumerables ángeles cantando por los aires himnos y alabanzas al Rey nacido, y diciendo aquellas palabras tan llenas de misterio: *Gloria sea á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad*; para darnos á entender la gloria que se habia de seguir á Dios por haberse tanto abatido y humillado, y la paz que habian de conseguir y tener los hombres que de corazon y de agrado se abrazasen con el Pacificador del mundo, y debajo de su imperial bandera hiciesen guerra á su carne, al pecado y al demonio. Desta manera celebró el cielo y la tierra la sacrosanta Natividad del Señor; porque era muy justo que todas las criaturas se regocijasen en la venida de su Criador; puesto que tanto por ella las habia ennoblecido: y asimismo para que el hombre conociese que aquel Niño que tan chiquito, y tan tierno, y tan flaco á los ojos de la carne parecia, era Dios verdadero y Rey eterno; y por lo uno sacase la humildad y caridad del Señor, y se le agradeciese é imitase; y por lo otro, su soberana majestad y omnipotencia, y le temiese y se admirase, viendo que habia sabido juntar en uno dos extremos tan distantes, como son Dios y Hombre, Vírgen y Madre, eternidad y tiempo, cielo y tierra, muerte y vida, y asimismo la fe de tan incomprensibles misterios en corazon humano; porque habiendo Dios de nacer, desta manera habia de nacer, para que por una parte se descubriese su alteza, y por otra nuestra bajeza tuviese remedio y ejemplo.

En qué dia de la semana nació Cristo nuestro Redentor, no lo explica el Evangelio, y entre los doctores hay varias opiniones; pero lo más cierto es que nació el dia del domingo, como lo afirma la sexta sínodo, capítulo octavo; y la hora fue despues de la media noche, comenzado ya el dia natural de los veinte y cinco de diciembre, que se cuenta de media noche á media noche, y ántes que comenzase el dia artificial, que es de sol á sol: y esto es conforme á la tradicion de la Iglesia, y al uso de decir misa aquella noche, y lo significan las palabras del Evangelio. En aquel portalico de Belen, escribe Beda, que nació de repente en aquella sagrada noche una fuente de agua para servicio de la Vírgen recien parida y del infante: la cual dice que duraba hasta su tiempo sin haberse agotado en tantos años. Aquel vil establo, y más precioso que todos los palacios de los reyes, fue tenido en suma veneracion de los cristianos, y en él se edificó una iglesia muy suntuosa, y toda aquella cueva se vistió de ricas piedras de mármol, y el pesebre, que era de madera, fue llevado á Roma y colocado en una capilla del templo de Santa María la Mayor, donde hoy dia está debajo del altar, y es reverenciado de todo el pueblo cristiano con gran devocion.

No se contentó el Señor con habernos dado un ejemplo de pobreza y humildad tan espantoso en su

nacimiento; mas viendo que nuestra soberbia y vanidad, que él venía á derribar, era tan grande, quiso darnos otro mayor en su dolorosa circuncision, ocho dias despues de haber nacido: porque en el nacimiento tomó figura de hombre pobre y vil; y en la circuncision, de pecador: pues la circuncision se habia instituido para remedio de pecados, y el que tomaba aquella medicina daba á entender que estaba enfermo. Mas como el Señor venía para pagar por nuestras culpas, y lavar con su sangre las manchas de nuestros pecados, fue inestimable su caridad y el deseo que tuvo de nuestro bien, que no le sufrió el corazon aguardar el tiempo en que se habia de sacrificar por nosotros en la cruz, porque le parecia que tardaba mucho; ántes quiso luego con la sangre que derramó en su circuncision, darnos prenda de su amor y señal de la paga, que por entero habia de hacer en el fin de su vida. Quiso tambien ser circuncidado para mostrar que era hombre y del linaje de Abrahan, y que la circuncision de la carne hasta aquel tiempo habia sido buena y ordenada de Dios, y librarnos de la obligacion de ella, y enseñarnos otra más alta y espiritual, significada por la corporal circuncision, como lo dirémos en su dia. Hízose esta circuncision, como se cree, en el mismo portal de Belen, donde habia nacido, y allí se muestra el lugar donde se hizo; porque no estaba señalado templo, ni lugar particular por ley alguna, donde la circuncision se hubiese de hacer.

Mas para que entendamos quién es este Niño, que es circuncidado y toma traje de pecador, dice el santo Evangelio que le pusieron nombre y le llamaron Jesus, que quiere decir *Salvador;* y que este nombre no se le dieron los hombres, sino el Padre Eterno, y que el ángel le trajo del cielo, y le anunció aun ántes que fuese concebido en las entrañas de su madre; y fue, cuando saludándola el ángel, le dijo que concebiria en su vientre y pariria un hijo, que le llamase Jesus: y lo mismo dijo á san José, añadiendo la causa de este nombre: *porque él habia de salvar de los pecados á su pueblo*; para que por aquí entendamos que no tenia pecado el Salvador de pecadores; que el ser Jesus lo tenia de suyo, y el ser circuncidado y el tomar hábito de pecador de nuestra culpa y miseria, la cual venía á remediar.

Pasados otros cinco dias despues de la circuncision, y trece despues del nacimiento del Señor, llegaron á Belen los reyes magos, que venian á buscarle desde Oriente, movidos de la estrella, que dijimos haber aparecido en aquella region al mismo tiempo que nuestro Redentor nació; porque, movidos los magos de la vista de aquella nueva estrella, y admirados de su grandeza y claridad, y alumbrados interiormente con otra luz superior y divina, entendieron que en las partes de Judea habia nacido un nuevo Rey y Salvador del mundo; y con el impulso del Espíritu Santo, dejando sus estados, comodidades y regalos, se pusieron en camino y le vinieron á buscar, guiados por la misma estrella; y habiéndoseles escondido, entraron en Jerusalen, y publicaron lo que habian visto, preguntando dónde estaba el que habia nacido rey de los judíos. Con las cuales nuevas se turbó Heródes y toda la ciudad de Jerusalen; y, despues de haber consultado aquel negocio con los escribas y sabios de la ley, y entendido que el lugar señalado por los profetas, para el nacimiento de este gran Rey, era el pequeño pueblo de Belen, examinando á los magos muy particularmente el rey Heródes de todo lo que pertenecia á aquella jornada, les avisó con engaño, que hallado el niño, volviesen á él, porque él tambien le fuése á adorar. Y con esto se partieron los magos de Jerusalen y prosiguieron su camino, llevando la misma estrella por guia, que se les tornó á aparecer y fué delante de ellos hasta que llegaron á aquella pobre choza donde estaba Dios humanado: y no se escandalizando, ni turbándose con la pobreza que hallaron, ni con la vileza del establo y abatimiento del pesebre, conociendo con la lumbre de la fe que aquel niño era Dios, se le postraron, y le adoraron, y ofrecieron ricos dones de oro, incienso y mirra, de que abundaba su patria; para significarnos los otros dones mayores que ellos ofrecian al Señor, y los misterios que reconocian en él significados por el oro, incienso y mirra, que le ofrecian. Y despidiéndose de aquel santo doncel y doncella, y dejando sus corazones en aquel pesebre, se volvieron á su patria por otro camino diferente, como el ángel les habia revelado que lo hiciesen.

En la misma pobre casilla ó cueva estuvo el Señor del mundo cuarenta dias despues de nacido; porque la ley obligaba á las paridas que no saliesen de su casa hasta que fuese tiempo de purificarse é ir al templo, que en las que parian hijo era de cuarenta dias, y en las que hija, ochenta; y la Vírgen sacratísima, aunque no estaba obligada, guardó perfectísimamente esta ley, y á los cuarenta llevó á su benditísimo Hijo y le presentó en el templo como á primogénito, para cumplir con otra ley que mandaba que todos los primogénitos fuesen presentados y ofrecidos al Señor, y que los que no eran de la tribu sacerdotal de Leví fuesen rescatados con cinco siclos, moneda de aquel tiempo, para que con esto se acordasen los hebreos de aquel gran beneficio que habian recibido de Dios en la salida de Egipto, cuando él con tan fuerte y poderosa mano mató á todos los hijos primogénitos, así de los hombres como de las bestias de aquel reino: porque puesto caso que Cristo, como Legislador y Señor de la ley, no estaba sujeto á esta ley; pero, por darnos en todo ejemplo de obediencia, se sujetó á ella, y quiso que su purísima Madre le acompañase y obedeciese á la ley de la purificacion de las paridas, que tampoco le obligaba, curando nuestra desobediencia con su obediencia, y comenzando ya con esta ocasion á manifestarse más, y consolar al santo viejo Simeon y aquella piadosa viuda y devota Ana, que de dia y de noche no se ocupaba sino en hacer oracion en el templo; para que con lo que en él se hizo y se dijo se fuese á poco extendiendo la noticia y fama del Salvador, y los hombres se fuesen acostumbrando á ver aquella luz, que por ser tan soberana é inmensa, sus ojos tan flacos no pudieron ver repentinamente.

Acabado el misterio de la presentacion de Cristo y de la purificacion de la Vírgen en el templo, dice el evangelista san Lúcas, que volvieron á Galilea y á su ciudad de Nazareth, en donde no se sabe los meses ó dias que estuvieron; porque como Heródes se vió burlado de los magos, y entendiendo el rumor que habia habido en Jerusalen con la presentacion del Niño en el

templo, y con lo que los santos viejos Simeon y Ana, de él habian dicho y publicado; por asegurar su reino, determinó matar al que temia que se le habia de quitar. Y porque no sabia donde estaba, ni se pudiese escapar aquel Niño, que él buscaba, se resolvió pasar á cuchillo á todos los niños inocentes que en aquel tiempo habian nacido, como lo hizo con bárbara fiereza y crueldad. Pero el Señor, que no queria morir, sino al tiempo que él mismo habia determinado, ni hacer milagros en su niñez, ni usar de la potestad divina, sino de la flaqueza y dispensacion humana, reveló por medio de un ángel á san José aquel peligro, mandándole que huyese á Egipto y estuviese allí hasta que otra cosa le ordenasen. Aunque no faltan santos y gravísimos doctores que dicen que esta revelacion se hizo á san José luego que se partieron los magos. Obedeció prontísimamente el santo patriarca al mandato divino, y se levantó de noche, sin escandalizarse ni turbarse por aquella novedad y huida apresurada; y con el Hijo y la Madre tomó el camino para Egipto, huyendo Dios del hombre, y el verdadero Rey y Señor del mundo, del tirano y usurpador del reino ajeno, por dar ejemplo á sus siervos, que á sus tiempos huyan y se escondan, y no se espanten si son perseguidos de los malos. Tambien dice el santo evangelista que ordenó Dios esta ida de su benditísimo Hijo á Egipto para que se cumpliese lo que habia dicho el profeta Oseas: *de Egipto llamé á mi Hijo*: lo cual, aunque á la letra se entiende del pueblo de Israel, tambien declara el evangelista que se debe entender de Cristo. En este camino cuentan Sozomeno y Nicéforo, que llegando Cristo nuestro Señor con la sacratísima Vírgen á Hermópoli, ciudad de Tebaida, hallaron á la puerta de la misma ciudad un árbol grandísimo, llamado Pérsis, en el cual adoraban los gentiles al demonio, y que luego abajó sus altas ramas hasta el suelo, como adorando al Señor; y que le quedó tanta virtud, que con sus hojas, fruto y corteza sanaba despues cualquiera enfermedad. Y Burcardo añade que entre las ciudades de Heliópoli y Babilonia habia un huerto de bálsamo que se solia regar de una pequeña fuente, en la cual era fama que nuestra Señora muchas veces habia lavado á su precioso Hijo y sus paños, y una piedra en que los extendia y enjugaba; y que no solamente el agua de aquella fuente tenia maravillosa virtud, sino tambien otras aguas que se mezclaban con ella, y que hasta los mismos sarracenos tenian en gran veneracion aquel lugar. Y para conservar la memoria de haber estado Jesucristo nuestro Redentor allí, pusieron una lámpara que en él ardiese perpétuamente. A la entrada del niño Jesus en Egipto, todos los demonios, que de aquella provincia estaban apoderados, temblaron, entendiendo que habia venido el que los habia de destruir y quitar el señorío y trono que tenian tan asentado en los corazones de los egipcios, que eran aun más ciegos y supersticiosos que los otros gentiles, y adoraban á los demonios en las serpientes y en otras sabandijas y cosas vilísimas. Así lo dice Eusebio Cesariense, Atanasio y Orígenes. Y aun otros graves autores refieren que no solamente los demonios invisiblemente se turbaron, que sus simulacros y estatuas en algunas partes cayeron en la presencia del Salvador. Y Paladio refiere que en la ciudad de Hermópoli habia un templo, en el cual, á la entrada del Salvador, todos los simulacros de los demonios cayeron y se desmenuzaron é hicieron pedazos. Y san Epifanio en la vida de Jeremías dice que este profeta avisó á los sacerdotes de Egipto que todos los ídolos caerian y se harian pedazos, al tiempo que una doncella Madre de Dios, con el hijo que habia parido entrase en Egipto: y lo mismo escribe Doroteo, obispo de Tiro; que los egipcios por este oráculo solian adorar el Niño recostado en el pesebre, y á la Vírgen en una cama. Y es cosa certísima que de tal manera fueron desterrados los demonios de aquella tierra, que siendo ántes tan estéril, desierta y espinosa, y llena de abominables vicios é idolatrías, despues se convirtió en un paraíso de deleites y en un jardin de flores y plantas suavísimas de cristianos, monjes y varones perfectísimos, por la predicacion de san Márcos, y por la institucion de san Antonio y de otros santísimos anacoretas, que la cultivaron y habitaron; y esto en virtud de Cristo y de su benditísima Madre, que con su presencia la ilustraron y la echaron su bendicion.

Estuvo el Señor en Egipto todo el tiempo que vivió Heródes; que, aunque no se puede saber de cierto cuanto fue, la más probable y comun opinion es que fueron como siete años; al cabo de los cuales, siendo ya muerto el rey Heródes, el ángel apareció á san José y le mandó que volviese á Judea con el Hijo y con la Madre; y él lo hizo. Y sabiendo que Archelao reinaba en ella en lugar de su padre, á quien habia sucedido, avisado en sueños, desvió su camino hácia la provincia de Galilea, y volvió á Nazareth y allí hizo su morada. Y la santa Iglesia hace memoria de esta vuelta del Señor de Egipto á Judea, y la celebra á los siete de enero, como se ve en los martirologios, Romano, de Beda y Usuardo.

De Nazareth venia el Señor cada año con sus padres á Jerusalen; porque aunque reinaba Archelao, como dijimos, y se podia temer alguna violencia, pero el ser pobres y desconocidos, y venir entre tanta gente, para sólo visitar el santo templo, sin detenerse en Jerusalen, les daba seguridad, y mucho más el moverlos el Señor, sin cuya voluntad no podia suceder cosa al Hijo que diese cuidado á sus padres: los cuales le tenian grandísimo de guardar los mandamientos y ceremonias de Dios, posponiendo cualquiera otro temor y trabajo al cumplimiento de su divina ley. Pero siendo ya de doce años y queriendo dar alguna muestra de sí, y comenzar á esparcir los rayos de su divina luz y sabiduría; habiendo venido, como acostumbraba, con ellos á Jerusalen, y visitado el santo templo, al tiempo que se partian sus padres se quedó él, y despues de haberle buscado con muchos suspiros, gemidos y lágrimas, entre sus conocidos y amigos, dentro y fuera de la ciudad, finalmente le hallaron, pasados tres dias, en el mismo templo entre los doctores, oyendo lo que decian y preguntándoles y respondiendo á sus dudas, con admiracion y espanto de todos, que no sabian cómo en tan pocos años resplandecia tanto peso, madurez y sabiduría. Y habiendo la santísima Vírgen y Madre quejádose amorosamente con su Hijo de la pena que les habia dado, y dichole aquellas dulces y tiernas palabras: *Hijo, ¿por qué lo habeis hecho así con nosotros? que vuestro padre y yo os habemos buscado con dolor*. Él le respondió que lo habia hecho por acudir y ocuparse como debia en las

cosas de su Padre: y aunque no entendieron estas palabras los otros, la Vírgen las conservó en su corazon, rumiándolas y considerando los profundos misterios que en ellas se encerraban. De aquí, dice san Lúcas que volvió el Señor á Nazareth, y que estaba sujeto á sus padres.

Vivió en la casa de su bendita Madre en la cual fue concebido; y por haber habitado en Nazareth fue llamado Nazareno, y mucho más por lo que este nombre significa en hebreo, que quiere decir, *Florido*, *Santo y Apartado*, porque él era la flor que nació de la vara de Jesé, que nunca se seca ni marchita, y el Santo de los santos, ajeno y apartado de todo pecado. Y puesto caso que por escarnio se puso este nombre en el título de la cruz, y que los gentiles hacian burla de él; pero los ángeles y los santos apóstoles le tuvieron en suma veneracion, y los fieles se preciaron de llamarse nazarenos en la primitiva Iglesia, hasta que despues tomaron el nombre de cristianos, y la misma Iglesia y religion cristiana fue llamada secta de nazarenos. Pero lo que pone espanto en las palabras del evangelista es decir que Cristo era súbdito y sujeto á sus padres, no solamente á la Vírgen, que ya era su verdadera Madre, sino por amor de la Vírgen, tambien á san José, que aunque no lo era, era tenido por padre suyo; dándonos en todo ejemplo de humildad, y de lo que debemos hacer con nuestros mayores, y la obediencia que deben los hijos á sus padres; pues, como bien pondera san Bernardo, el Rey del cielo se sujetó al polvo de la tierra, y á su criatura el Criador. Tambien nos quiso enseñar que los superiores, no por serlo, se deben tener por mejores que sus súbditos, pues Cristo fue súbdito á María y á José. Era san José un pobre carpintero, y los santos que tratan de la vida de Cristo, contemplan como ayudaba en su trabajo á san José, y servia á sus padres en las cosas necesarias de su casa; y se regalan, considerando el encogimiento y confusion que tendrian los que le mandaban, y la prontitud y alegría con que el Señor obedecia. Y aun añaden algunos que despues que murió san José, que debió ser en el tiempo de esta sujecion y silencio de diez y ocho años, del cual no hablan palabra los evangelistas, el Señor ejercitó por sí aquel mismo oficio de carpintero; porque no solamente fue llamado hijo del carpintero, sino tambien carpintero, como dice san Márcos; para que nos admiremos de la oculta dispensacion de Hijo del Dios en nuestra carne, é imitemos y le agradezcamos el abatimiento y silencio de tantos años, que por nosotros guardó; pues siendo la sabiduría y Verbo Eterno del Padre, no quiso hablar ni manifestar con pública predicacion quién era, hasta que tuvo treinta años de edad, y pasando la vida en suma pobreza, disimulacion y silencio.

Pero á los treinta años, siendo ya llegada la hora determinada de Dios, y el tiempo en que el juicio del hombre suele estar más maduro, vino el Señor de Galilea al rio Jordan, para ser bautizado de san Juan Bautista, poniéndose en el número de los pecadores para darnos otro ejemplo de humildad, y como él mismo dijo á san Juan, que por verle estaba atónito, para cumplir enteramente la justicia evangélica, que en esta humildad resplandecia; y no ménos para santificar y enriquecer con nuevos dones á san Juan, y autorizar con su presencia aquel bautismo que disponia para el suyo; y para que no pareciese grave al siervo venir al bautismo de su Señor, pues el Señor habia venido al bautismo de su siervo; y para consagrar con el tocamiento de su carne purísima las aguas que habian de servir para regeneracion de los fieles; y para hacerlos hijos de Dios, y enseñar á los predicadores evangélicos que, ántes de subir al púlpito y emprender el ministerio de la predicacion, procuren purificarse y estar limpios de toda mancha de pecado: y finalmente, para que con la ocasion del bautismo se abriese, como se abrió, el cielo, y bajase el Espíritu Santo en figura de paloma sobre el Señor, y el Padre Eterno, con aquella voz magnífica y sonora, diciendo: *Este es mi Hijo querido, en el cual me he agradado, y por quien me aplaco y reconcilio con el hombre;* diese testimonio que Cristo era su natural, verdadero y consubstancial hijo; y con la autoridad de toda la santísima Trinidad quedase como graduado y señalado por maestro y doctor, y preceptor del mundo. Quedó con el bautismo del Señor santificado el rio Jordan, y por esto y por la virtud de sanar milagrosamente los enfermos que despues en él se lavaban, ilustrado y celebrado con gran veneracion de todos los fieles, y algunos santos por este respeto tuvieron devocion de bautizarse en el rio Jordan, como san Basilio y otros; y Gregorio Turonense afirma que en cierta parte de él, donde Cristo nuestro Señor se bautizó, lavándose los leprosos quedaban limpios y sanos.

Mas aunque Cristo nuestro Redentor con el testimonio de la santísima Trinidad estaba ya declarado por maestro del mundo, como dijimos, no quiso comenzar á ejercitar tan alto y soberano oficio hasta habernos dado otro ejemplo, para enseñarnos más con obras que con palabras. Retiróse al desierto movido de su mismo espíritu, para desafiar al príncipe de los demonios, y entrar en campo y pelear con él y vencerle: para que por aquí entendamos que el hombre en el bautismo es armado para la guerra, y que los mayores dones que recibe de Dios son vísperas de mayores batallas; y que no hay nadie que se escape de tentaciones, por santo que sea, ni desmaye, ni se ahogue por ser tentado, pues fue tentado el Señor, y venció al tentador, y le rindió, y le desarmó de tal manera, que si nosotros no queremos, no podamos ser vencidos, pues tenemos tal ayudador y padrino, que nos mostró con su ejemplo cómo habemos de pelear, y con su espíritu nos da armas con que peleemos y venzamos.

Este desierto, donde ayunó el Salvador, escriben que está entre Jerusalen y Jericó, y los cristianos le llaman *Cuarentena*, por los cuarenta dias que allí estuvo; y á dos millas de allí está el monte, de donde el demonio mostró al Señor los reinos del mundo y le prometió dárselos si le adoraba, y llámanle el *Monte del diablo*.

Ayunó, pues, el Señor cuarenta dias con sus noches, sin comer bocado, como lo habia hecho Moises y Elías, y santificó con su ayuno la sagrada *Cuarentena*, que despues los cristianos habíamos de ayunar; y al cabo de los cuarenta dias tuvo hambre para manifestar que era hombre, y dar ocasion al tentador que le acometiese y tentase, como lo hizo, proponiéndole primero que convirtiese las piedras en pan, y

despues que se echase del pináculo del templo abajo para que la gente, viéndole volar por el aire, conociese que era Hijo de Dios; y, finalmente, ofreciéndole todos los reinos del mundo si se echaba á sus piés y le adoraba. Pero todas tres veces salieron en vano sus acometimientos; y, huyendo el demonio, el Señor quedó vencedor y triunfador, y los ángeles del cielo que estaban á la mira, vinieron á servirle y le trajeron de comer.

Deste desierto salió el Señor victorioso, habiendo ya rendido á nuestro enemigo, para que nosotros le venciésemos; y luego comenzó á ejercitar la obra que su Padre Eterno le habia encomendado, y á llamar discípulos que le sirviesen en ella, y habiendo aprendido de tal maestro la doctrina del cielo, la derramasen por el mundo, al cual él venía á alumbrar y á librar de las horribles y lastimosas tinieblas en que estaba sepultado, y atar á aquel armado, fuerte y poderoso, que se habia encastillado en el mundo, y le tiranizaba con una posesion tan segura que se tenía por su príncipe, y como tal se llama. Entre los otros discípulos escogió doce, á los cuales llamó apóstoles; y fueron Pedro y Andres, hermanos; Jacobo y Juan, hijos del Zebedeo; Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomas, Jacobo el menor, hijo de Alfeo, Simon Cananeo ó Zelótes, Júdas Tadeo, y Júdas Iscariote. Y para escogerlos se retiró primero á un monte, como una legua de la ciudad de Cafarnaúm, á hacer oracion y encomendar aquel negocio tan importante al Padre Eterno: y por esta eleccion que allí se hizo, y porque se acogia el Señor muchas veces allí á hacer oracion, y haber enseñado en aquel sublime y altísimo sermon del monte, que es una suma de toda la doctrina y perfeccion de la vida cristiana, se llama el *Monte de Cristo.* Las armas que tomó nuestro David para pelear y derribar á este fiero y espantoso gigante fueron su santísima y purísima vida, con que resplandeció entre los hombres la doctrina celestial y divina que les enseñó, y los milagros innumerables que obró.

La vida del Señor fue tan santa como habia de ser la vida del Santo de los santos y fuente de toda santidad; fue vida de hombre Dios, que aunque tomó la naturaleza de Adan, no tomó la culpa de Adan, ni las fealdades y manchas con que quedó nuestra naturaleza por el pecado. Mas porque venía como médico á curar nuestras dolencias, y convenia que conversase con los enfermos que venía á curar, y que se acomodase á su flaqueza y miseria, tomó un género de vida comun, honesto y moderado, comiendo carne y bebiendo vino, y vistiendo lana y lino, aunque pobremente, para que la asperaza y rigor extremado no espantasen á los que le habian de tratar y aprovecharse de su doctrina: porque como el Señor no tenia necesidad de penitencia y de austeridad para satisfacer por las culpas, que no tenia, ni para reprimir los apetitos de la carne, que en nosotros son tan desordenados y rebeldes, y en él estaban tan concertados y ajustados con la razon y con su voluntad divina, y venía para ejemplo y dechado de todos, quiso tomar un género de vida, por una parte tan sublime y tan adornado de todas las gracias, de caridad, de humildad, de paciencia, de mansedumbre, de menosprecio del mundo y aprecio del cielo, y tan lleno de todas las otras virtudes, en que consiste la perfeccion evangélica, que no se le pudiese añadir ni imaginar cosa más subida ni más perfecta; y por otra parte, en lo exterior tan comun y familiar, que se pudiese imitar: pues el rigor y penitencia corporal no es el fin y suma de la perfeccion cristiana, sino medio conveniente para alcanzarla. Mas porque nosotros tenemos necesidad deste medio, por la flaqueza y rebeldía de nuestra carne, en aquella vida comun, que para nuestro ejemplo tomó el Señor, usó de grande y extremada aspereza, como adelante se verá.

Con esta vida inculpable, con que el Señor resplandeció en el mundo, se juntó la doctrina celestial y purísima, que como Maestro venido del cielo predicaba; porque Cristo era doctor del mundo, y maestro universal de todos los hombres, y muy aventajado sobre todos los profetas, patriarcas y doctores de la ley, porque todos ellos fueron sus discípulos, y no podian bien enseñar, sino lo que dél habian aprendido y oido: y así dijo por Isaías: *Ego ipse, qui loquebar, ecce adsum:* Antes hablaba por medio de mis profetas; ahora véisme aquí, que por mí mismo os enseño. Las partes del buen maestro son buena vida, excelente doctrina y buen modo de proponerla y explicarla. La buena vida, para que no se desdore la doctrina, no haciéndose lo que se dice, ó no con tanta perfeccion como se dice: Cristo fue dechado de toda santidad; porque hizo, y dijo, y pudo decir con verdad: *¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?* Y añadir: *Si os digo la verdad, ¿por qué no me creeis?* Porque su vida inocentísima daba peso á su doctrina, y la hacia creible, é inexcusables á los que no la creian, pues la misma doctrina que enseñaba, era como de tal maestro; porque la sabiduría de Cristo, en cuanto Dios, era divina, infalible, y por via de entendimiento engendrada de Dios; y en cuanto hombre, tenía perfectísima ciencia, por razon de la union al Verbo; al fin, como de alma, que estaba viendo claramente á Dios: y así dijo san Juan Bautista: *El que viene del cielo, es sobre todos, y da testimonio de lo que vió y oyó.* Desta fuente perenne manaba, como rio, aquella doctrina tan excelente, tan entera y provechosa: aquella ley evangélica, soberana y divina, que Cristo enseñó de palabra é imprimió con su espíritu en los corazones de los hombres, quitando las imperfecciones de la antigua ley, y apurándola de la escoria y cosas, que por la dureza y rudeza de aquel pueblo se les permitian, y dándonos no solamente los preceptos y mandamientos necesarios para alcanzar la salud eterna, sino tambien los consejos más subidos y perfectos, á los cuales anhelan las ánimas santas, heridas de Dios, deseando con la guarda dellos asegurar la guarda de los mandamientos. ¿Quién podia dignamente explicar la excelencia de la doctrina de Cristo? ¿Aquella tan rica pobreza voluntaria que nos enseñó, para cortar de un golpe la raíz de todos los pecados y cuidados, trabajos y negocios del mundo, que es la codicia? ¿Aquella mansedumbre de corderos que excusa todos los odios, iras y rencillas de los hombres? ¿Aquellas piadosas lágrimas con que la ánima es regada y como bautizada, para que dé fruto de vida eterna? ¿Aquella hambre y sed de justicia que son las primicias de la gracia y las flores que preceden al fruto de las virtudes? ¿Aquella misericordia que, proveyendo las necesidades ajenas, remedia las suyas? ¿Aquella limpieza de corazon, don-

---

Barcelona: Imp. de Luis Tasso, Arco del Teatro, núm. 21 y 23.—1864.